

Algo más Sobre

Víctor Muñoz

Por Carlos Robreño

*Rivadulla*

"Acaso ustedes ignoren que yo entré a formar parte de la redacción de EL MUNDO, a título de guapo".

Y al narrar el pintoresco incidente, los ojillos inquietos de Víctor Muñoz cobraban extraña iluminación tras los cristales de sus gafas con armadura de oro, sujetas por una cinta de negra seda.

A instancias de uno de los contertulios, el gran periodista continuó:

"A los pocos meses de terminarse la Guerra de Independencia regresó a La Habana, después de los largos días del exilio en la hospitalaria ciudad floridana de Tampa, en la cual me ganaba la subsistencia como lector de tabaquería, contribuyendo a todas las cuestaciones que allí se realizaban con objeto de recaudar fondos para aliviar la situación de nuestros hermanos en armas y al mismo tiempo, por las noches, tomaba parte en calidad de actor aficionado en la interpretación de algunas obritas como "Chateu Margaux", "La Colegiala", "Niña Pancha" y otras del género chico español que allí se representaban con iguales fines patrióticos. En aquella época mi vientre no se había cubierto con las adiposidades que ustedes actualmente contemplan; yo era delgado y a mi rostro le imprimía cierta gravedad una

2
negra barba que quizás fuera la que diera lugar al sobrenombre de "Abogadito", con que allí se me conocía".

—Y eso qué tiene que ver con tu guajería, Víctor? —preguntó con impaciencia uno de los presentes más joven.

—Verán. Yo había llegado a Cuba y aprovechando los conocimientos periodísticos adquiridos en la susodicha Tampa, como redactor de publicaciones más o menos clandestinas en defensa de la causa separatista, busqué un puesto de reportero en uno de los diarios que en aquel entonces veían la luz en nuestra capital. Una empresa solicitó mis servicios y me encargó las reseñas de las sesiones de la Cámara Municipal habanera, en tiempos del Alcalde Gener, antes de la instauración de la República.

Victor Muñoz, con su amplia sonrisa matizaba aquella relación, como si se refocilara en el recuerdo de sus años juveniles y continuaba:

—En cierta ocasión se discutía entre los concejales capitalinos un asunto que no debía trascender al público. Inmediatamente se pidió la declaración de "sesión secreta", la cual fué concedida y de manera rápida se procedió al desalojo de las tribunas ocupadas por ciudadanos curiosos o preocupados por la marcha de los problemas municipales. Un ujier se dirigió a los periodistas allí designados por sus respectivos diarios para cubrir tal sector informativo y con palabras corteses y ademanes delicados les impuso de la necesidad de abandonar el salón de sesiones, dada la gravedad de los asuntos que en él se iban a dilucidar. Los compañeros diéronse cuenta de la situación cumpliendo la sugerencia. Yo, sin embargo, abstraído acaso por otras preocupaciones, apenas me apercibí de la escena y permanecí en mi puesto, provocando la reiteración por parte del activo ujier de la orden recibida.

—Usted, señor periodista, ¿no oyó lo que le dije a sus compañeros? —insistió el empleado municipal.

—¡Ah! Sí... Me pareció escucharlo. Respondí con cierto balbuceo.

—Me va a perdonar, pero tiene que retirarse por unos instantes.

—Imposible. Mi periódico me paga a mí para que yo escriba la reseña de todos los incidentes que se produzcan en la sesión.

—Pero es que ésta se ha declarado secreta. Razonó, aunque un poco malhumorado el ujier.

—¡Magnífico! —argumenté. ¿Usted no cree que precisamente ese es un aspecto que deben conocer los lectores?

—Pero es que...

—Es que nada... Mi empresa me paga para que lleve a cabo dicho reportaje y si me aparezo allí con las cuartillas en blanco, me dejarán en la calle... Y yo no puedo renunciar a ganarme la vida de una manera honesta.

Otro de los oyentes se aventuró a inquirir:

—Por fin ¿te dejaron presenciar la sesión?

—Efectivamente —afirmó el ya obeso Víctor. No sé si porque sorprendió mi actitud o si porque realmente el asunto a tratar no era de tanta gravedad, lo cierto es que el ser consultado el concejal que presidía la sesión sobre mi obstinada negativa a abandonar el salón, éste ordenó al empleado que no insistiera y al siguiente día salió publicada en el diario, donde yo trabajaba una amplia reseña sobre la sesión, con lujo de detalles, pero carente de penas, ni glorias y sin que por ellas se estremeciesen las esferas municipales.

Y como el sonriente narrador, que ya se había convertido en uno de los periodistas más prolífico y leído de su tiempo advertiera ciertos reflejos de extrañeza en el rostro de algunos de los que formaban su entretenido auditorio, apresuradamente reanudó su amena charla:

—Pocos meses después se transformaba en realidad el proyecto de publicar un diario matutino, de gran información, basado en los principios republicanos que estaban a punto de alcanzarse después de habernos liberado del yugo colonial. Esa publicación de vastas proporciones iba a ser EL MUNDO. Más cuando José Manuel Govín, señalado para asumir la dirección del nuevo rotativo, y que ocasionalmente había sido testigo presencial de aquel incidente surgido durante la sesión del Ayuntamiento, escogía el grupo de redactores que habían de figurar en su departamento, con tono apasionado se expresó ante otras destacadas figuras de la empresa:

—Señores: tengo pensado también traer como reporter, a un jovencito delgaducho que se ha dejado crecer la pantilla. Creo que se apellida Muñoz, pero está hecho a la americana... ¡Que clase de hombre! Yo tuve oportunidad de apreciar sus condiciones en un momento crítico, en medio de una sesión secreta del Ayuntamiento y no les exagero. Es de un valor y de una sangre fría a toda prueba... ¡Echa "p'alante" y no hay quien le meta miedo! Lo designaremos para informaciones especiales y temerarias.

Y de ese modo, sin saberlo el interesado, sino hasta muchos años después por boca del propio Govin, entró a formar parte de la redacción de EL MUNDO, aquel hombre bonachón, siempre de buen humor, que prontamente habría de convertirse en un gran periodista, que con su variedad de crónicas deportivas, con su "Junto al Capitolio", "Su Marquesa de Fontenoy" y otras muchas producciones, iba a hacer las delicias de millares de lectores a través de toda una época y que tuvo, como máximo orgullo, el haber introducido entre nosotros ese sagrado DIA DE LAS MADRES.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA